

## El día que le bajó la regla

“Tenía catorce añitos cuando perdí mi virginidad con el Negro Caballero”, comienza el relato doña Luz Daris Cañones mirando el sol que ya empezaba a ponerse, mientras un par de lágrimas caían por su rostro.

Una hora antes, Luz Daris estaba sentada en la sala de su casa, en un mecedor hecho de plástico color rojo, sonriendo sin importar que las arrugas intentaran taparle la luminosidad de sus ojos. En ese momento, cualquiera podría pensar que esta mujer tuvo una vida como la de cualquier otra campesina en Colombia, sin embargo, un episodio de su pasado hace que de esta delgada dama salga una de las historias más desgarradoras y comunes en el [Caribe](#) colombiano.

No tiene fotografías de cuando era joven, pero, a pesar de tener 80 años recién cumplidos, en su rostro quedan las huellas de mujer menuda y bonita. Es viuda de un hombre que la hizo feliz por más de cincuenta años, tiempo dentro del cual concibió cinco hijos, tres hombres y dos mujeres, y tuvo la bendición de tener catorce nietos. Pero esa vida feliz no fue así siempre, pues, lastimosamente, el día en que Luz Daris se convirtió en mujer, también fue el mismo día en el que vivió en carne propia lo que significaba ser un reclamo más del derecho de pernada que tenía el Negro Caballero en Pivijay Magdalena.

### Un derecho sin derecho

El derecho de pernada o derecho de la primera noche se refiere a un supuesto beneficio que tenían los señores feudales en la época medieval. Se dice que los señores del feudo tenían la potestad de quitarle la virginidad a cualquier doncella de su reino, sin importar que ya estuviese prometida a

alguien más. En algunos sectores [de Colombia](#), donde hay mayor influencia de violencia, [esta](#) práctica sigue siendo común y, en diversos casos, [aceptada y hasta](#) promovida.

En 1916 nació en el municipio de Pivijay el famoso Negro Caballero. Durante su infancia no tuvo mucho y sus padres murieron, ambos por causas naturales, cuando él tan [solo](#) tenía 18 años, pero su agilidad para los negocios del agro y la ayuda de algunos parientes cercanos hicieron que se convirtiera en uno de los hombres más ricos de la región.

“Mi [Tío Negro](#) fue el hombre con más plata que había vivido en el pueblo, pero también el más generoso”, relata Martha Zambrano, mientras termina de fumarse su tercer cigarrillo en veinte minutos. “No tenía hijos ni esposa, pero se encargó siempre de mantener a sus hermanos y las familias de sus hermanos. Mi [Tío Negro](#) ayudó mucho a mi mamá, su hermana Mercedes, a hacerse cargo de las fincas que él mismo le regaló”, dice, al tiempo que apaga y tira la colilla hacia la calle.

Martha, al igual que su tío, jamás se casó ni tuvo hijos, algo bastante revolucionario para la época en la que era joven. Mide más de 1,80, [estatura poco común en Colombia](#), pero gracias a que es un poco jorobada por la mala postura que ha tenido toda su vida, tiende a verse más baja. Lleva puesta una camiseta de rayas negras y blancas, acompañada de un *jean* más ancho de lo necesario, característica que la hace lucir más delgada de lo que ya es, y sus dientes separados están amarillos por la nicotina. Martha entra a su sala para sentarse en el sofá que heredó de su madre y retoma la charla con la misma informalidad con la que la inició, no sin antes prender el abanico de techo para bajarle la intensidad al calor barranquillero.

“Hay dos cosas de Negro que se me quedaron grabadas para siempre. La primera era la costumbre que tenía de sentarse en la puerta de la casa con fajos de billetes grandes y repartirlos a todas las

personas que se le acercaran a pedirle ayuda” recuerda subiéndose las mangas de la camisa. “La segunda era su insaciable apetito”, afirma haciendo la mímica de qué tan gordo era este hombre.

El Negro Caballero ejemplificaba el propio señor feudal. Corpulento como todos los reyes de los cuentos de hadas, su glotonería sobrepasaba los límites de la gravedad. “Sus banquetes podían alimentar hasta diez personas normales. Comía como si no hubiese un mañana”, afirma Martha con su tono alto, digno de cualquier costeña.

[A este](#) hombre, tan gordo como generoso, la gente del pueblo lo recuerda como un hombre bueno, un verdadero hombre de honor. Todo el que alcanzó a conocerlo dice que fue una persona íntegra, dedicada a Dios y a ayudar al prójimo. Juan Esteban Pérez, un habitante de Pivijay con casi 100 años de vida, de estatura media y con un leve exceso de peso, cuenta una anécdota que lo describe tal cual como solía ser. “Vea, con Tío Negro uno [solo](#) tenía que acercársele. Él era como un político antes de las elecciones, [solo](#) que nunca dejaba de ayudarlo a uno”, dice entre carcajadas Juan Esteban, mientras se sienta en la tienda de [doña](#) Mary a tomarse un par de cervezas.

Sin embargo, la generosidad de Tío Negro era compensada con los regalos que le daba la gente. No eran obsequios materiales, puesto que no [solo](#) él ya lo tenía todo, sino que las personas generalmente no podían comprarle nada; eran las ofrendas más valiosas que una familia podía tener para dar: la flor de sus mujeres.

### **Flor marchita**

Luz Daris es una de las tantas mujeres que compartieron lecho con él y, como dijo entre lágrimas, era una pequeña adolescente cuando este hombre la tocó por primera vez. “En esa época eso era considerado honroso y yo debía de sentirme afortunada”, dice al tiempo que se mira las uñas sucias

que le decoran la mano. “Mis hermanas, que en paz descansen, ya habían tenido que pasar por lo mismo, más o menos a esa misma edad, y, por eso, ya yo sabía que me tocaba a mí”, recuerda.

“Nosotras vivíamos en un cerro cerca de acá y mi abuela era quien nos criaba, pues mi mamá se había ido a trabajar como empleada de servicio en Santa Marta. Mi abuela tenía una deuda de agradecimiento con el Negro, no porque él se lo cobrara, sino porque ella quería agradecerle por tanta ayuda que nos había brindado en la vida”, cuenta dejando ver un toque de resentimiento en sus palabras, mientras se pone de pie para servirse el tinto de las cinco de la tarde.

La casa de [doña](#) Luz Daris, como la llaman en el pueblo, es igual a la mayoría de la población. Su piso y paredes son hechas de cemento, el techo es más alto de lo que parece, tiene dos habitaciones sin puerta en los marcos y no hay más decoración que un mecedor de madera roída, una mesa y cuatro sillas de plástico Rimax. Habiéndose ya servido el tinto, tan fuerte que su aroma invadía todo el lugar, Luz Daris vuelve a sentarse y con dificultad retoma la historia.

“Por muchos años yo le tuve miedo [a](#) lo que se me venía encima. Recuerdo que un día cuando ni siquiera había cumplido catorce años, pero que ya me empezaba a ver más señorita, llegó a la casa el Negro Caballero. Me miró y mi abuela vio que me había mirado. Sentí un pánico horrible, porque pensé que ya había llegado la hora. Menos mal no había menstruado nunca y eso se consideraba ya un impedimento. Mi abuela le dijo: ‘[Negro](#), estate tranquilo que aún le falta un invierno para que se *manse* más’. Desde ese día en adelante, antes de acostarme, le pedía a Dios que nunca me bajara la regla”, cuenta llevándose una mano a su boca sin dentadura.

A pesar de la cantidad de años que habían pasado, en sus ojos se nota que este incidente aún le causa escalofríos. Se toca las manos con insistencia y hace pausas largas en la conversación. Su incomodidad es palpable, pues es claro que jamás va a ser un tema que tocará sin evocar la tristeza.

“Gracias a que mis dos hermanas mayores ya habían tenido que pasar por lo mismo, la cosa era mucho menos fea”, cuenta al tiempo que se para nerviosamente. “Ellas me prepararon para todo, para el dolor que iba a sentir, tanto durante el acto como después, y para el resentimiento que le iba a tener a mi abuela por un buen tiempo. Ella nos decía que era un honor compartir el lecho con alguien tan importante y tan dadivoso como lo era el Negro, pero a mí, la verdad, nunca me pareció nada honroso hacer eso”, se soba los brazos Luz Daris mientras relata.

Sus ojos se concentraron en mirar el suelo, como si no fuese capaz de levantar la cabeza para seguir hablando, pero saca las mismas agallas que tuvo hace años para enfrentar el suceso que le cambió la vida y continúa su historia.

“El día que finalmente me llegó la regla, mi abuela gritó de emoción. Mandó en ese momento a llamar al susodicho para que supiera que en unos cinco días ya yo iba a estar lista para él. Para muchas personas el día en que por fin se convierten en señoritas puede ser un día bonito, pero para mí fue el peor día de mi vida. Lloré hasta que mi abuela me gritó que dejara la pendejada, que todas habían pasado por eso y que yo no iba a ser la excepción. Desde ese día [solo](#) lagrimé a escondidas por miedo a que me fuera a ver”, dice al tiempo que sus ojos se aguan.

“Cuando finalmente pasaron los cinco días, recuerdo que mi abuela me bañó, me peinó y me puso mi vestido para ir a la misa, un vestido que desde ese día en adelante ya no quise volver a usar. Eran tipo las tres de la tarde y yo esperaba junto con mi abuela en el humilde comedor que teníamos, cuando por fin llegó el hombre. En esa época él todavía era joven, pero como era tan gordo parecía que fuese más viejo. Venía *sudao* de hacer trabajo en sus tierras, hasta la ropa se le pegaba al cuerpo, y yo me quise morir”, relata mientras va en busca de unos pañuelos, pues no le gusta que la vean llorar.

Mientras se seca las lágrimas, Luz Daris va hacia su alcoba y trae una caja de cartón blanco donde reposa el vestido que usó ese día. Al sacarlo, se descubre el olor a guardado y se ven las huellas del tiempo en el desteñido y el sucio de la tela. Se nota que el encaje del cuello solía ser blanco y las flores rosadas que tiene en la parte de abajo han perdido su esplendor. Lo apoya en sus piernas al sentarse nuevamente en el mecedor para continuar, ya sin lágrimas.

“De ahí en adelante todo fue muy rápido. El Negro me saludó, me sonrió y de inmediato los tres, mi abuela, él y yo, fuimos a un cuarto. Mi abuela me desnudó y buscó en la mirada de él la completa aprobación. Él se bajó los pantalones y recuerdo que mi abuela me obligó a mirar su paquete. Hasta el día de hoy no sé bien de qué tamaño ni cómo era, pues los nervios no me dejaron ni acordarme de eso”, dice con una pequeña sonrisa, la primera que había mostrado en toda la mañana.

“Sin quitarse el resto de la ropa me la empezó a meter y recuerdo que fue un dolor horrible, mucho peor que los chancletazos que me daba mi abuela cuando me portaba mal. Cuando grité de dolor, ella me cogió la cabeza y me la sobo diciéndome ‘Naíta, es ná lo que te está pasando, tranquila, mijita’. Cuando por fin terminó el hombre, me dio un beso en la mejilla y me agradeció. Miró a mi abuela e hizo lo mismo. Se lavó las manos, se tomó un vaso de agua y se fue. Yo, por otro lado, me bañé, me puse una ropa diferente y me fui a dormir. Nunca más volví a mirar a mi abuela con los mismos ojos y jamás pude volver a mirarlo a él sin querer salir corriendo”.

### **La vergüenza**

El resto de su vida, Luz Daris intentó olvidar el incidente, olvidar la actitud de su abuela, pero, sobre todo, olvidar que le había dado su mayor regalo como mujer a un hombre que tan solo se lavó las manos, se tomó un agua y se fue. Se casó con un hombre bueno un par de años más tarde, un

hombre que jamás la juzgo por su condición y que la ayudó a salir adelante de ese traumático suceso. Sin embargo, hay días, como hoy, en los que Luz Daris no puede evitar y recordar las palabras de su abuela: “Naíta\_ es ná lo que te está pasando”. La ironía de todo es que sesenta y seis años más tarde, aún esta mujer sabe que todo le estaba pasando.

Alberto Caballero es el ejemplo del hombre machista y poderoso de un pueblo. Fue idolatrado por los mismos habitantes de Pivijay\_, quienes le concedieron libertades que nunca nadie debería tener con otra persona. Aquellos *regalos* terminaron valiendo mucho más que todo el dinero que podía dar, pues para Luz Daris este episodio vergonzoso marcó toda su vida.